



EL ESPIRITU SANTO SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO *

HEINRICH SCHILIER

No es posible en una sola sesión exponer lo que el Nuevo Testamento, en su integridad, dice acerca del Espíritu Santo. Por eso, vamos a tomar como base e hilo conductor de nuestras reflexiones las principales cartas paulinas —que es donde con más abundancia se nos habla del Espíritu Santo—, y complementaremos lo que allí se nos diga con el Evangelio de San Juan, la doble obra de Lucas, los restantes escritos paulinos y, ocasionalmente, con los demás escritos del Nuevo Testamento. Por lo demás, intentaremos aproximarnos a la comprensión del Espíritu Santo sólo bajo el aspecto de su origen, de su esencia y de su acción. Lo que voy a hacer corresponde, a mi manera, a lo que ya se propuso en otra ocasión San Cirilo de Jerusalén: «Voy a intentar ofrecer, a partir de estos escritos, como un pequeño ramo de flores que sirva de recordatorio de lo que en realidad es un magnífico jardín»¹.

I

Recordemos: En el NT el Espíritu, en el sentido de Espíritu Santo, es designado con frecuencia como el «Espíritu de Dios». Por ejemplo, en Mt 3,16s; 12,26s; Rom 8,9.11.14: «Pues todos los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios»². Lo que de hecho se intenta decir en estos pasajes, aparece de la forma más clara en el

* Texto de la lección pronunciada por el autor en la sesión anual del «Kreis für Internationale Priesterbegegnung», en colaboración con el «Centro Romano di Incontri Sacerdotali», celebrada en Bensberg 17 a 19 de agosto de 1978.

1. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis XVII. De Spiritu Sancto* II, XX; PG 33, 992-993.

2. Cfr. además 1 Cor 2,11.14 y 3,16, etc.



texto de 1 Cor 2,10ss: «Porque a nosotros nos lo reveló (Dios) por medio del Espíritu, pues el Espíritu todo lo sondea, aun las profundidades de Dios. Porque, en verdad, ¿quién conoce entre los hombres lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en el hombre? Así también las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos dio con su gracia». Aquí se nos quieren decir tres cosas: en primer lugar, que el Espíritu de Dios es, entre otras cosas, el poder y la fuerza de la más íntima autofundamentación de Dios, de su propio conocimiento y de su propia experiencia. También se podría decir: en el Espíritu de Dios, la autoconciencia de Dios está viviendo en su autoapertura: en El se nos presenta Dios en su infinita profundidad y nos comunica su esencia. «Dios es Espíritu», dice con todo derecho el Evangelio de San Juan (4,24). Lo cual incluye: Dios nos sale al encuentro en el Espíritu. El Espíritu «procede del Padre», viene del Padre, se nos dice en Ioh 15,26³. Dios, o el Padre, lo «envía» (14,26; 15,26). El lo «da» (Act 5,32; 15,8; Ioh 3,54; 14,16) y lo «derrama» (Act 2,17) y nosotros lo «recibimos» (Rom 8,15; 1 Cor 2,12, y otros). En El, en quien Dios se conoce a sí mismo, Dios se da a conocer; y a la inversa: en Aquel en quien Dios se da a conocer, Dios se conoce también siempre a sí mismo. El Espíritu de Dios nos viene entregado como misión y regalo. Y con El y por El se nos da la inaudita, incomprensible e inaccesible salvación de Dios.

«Ni ojo vio, ni oído oyó, ni jamás pasó por el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman. Esto Dios nos lo ha manifestado por medio del Espíritu» (1 Cor 2,9). En el Espíritu Santo, la fuerza de la autoexperiencia de Dios se nos da a conocer como la fuerza de su misterio de salvación, el cual, para el espíritu del hombre, aparece de manera formalmente análogica como «necedad» o «locura» (1 Cor 2,14). Sin embargo, hay que tener aquí en cuenta que el Espíritu, que es Dios, es, para Pablo y en todo caso también para Lucas, el poder de Dios que resucita a los muertos y como tal es reconocido: «Dios nos resucitará por su poder», se nos dice en 1 Cor 6,14, es decir, «por la fuerza del Espíritu que habita en vosotros», como se lee en Rom 8,11⁴. El Espíritu de Dios es Dios mismo en su potencia reveladora de sí mismo y realizadora del misterio de la salvación, que es la resurrección de los muertos.

Como la salvación de Dios se realiza en Cristo Jesús, el Espíritu de Dios será para Pablo, al mismo tiempo, «el Espíritu de Cristo», o «el Espíritu del Señor», o «el Espíritu de su Hijo» (Phil 1,19; 2 Cor 3,17; Gal 4,6)⁵. Con lo cual no hemos considerado todavía que, según Ma-

3. Cfr. 1 Ioh 4,1.

4. Cfr. 1 Cor 2,4; 1 Thim 1,8; Rom 15,13.19 y también Lc 1,31; 4,14; 5,17; Act 10,38, entre otros.

5. Cfr. 1 Cor 2,16 y también 1 Pet 1,11.



teo y Lucas, Jesucristo ha sido concebido por la fuerza del Espíritu y, como nacido del Espíritu, posee el Espíritu y actúa con palabras y obras en el Espíritu; y tampoco hemos meditado sobre el hecho de que no sólo el Glorificado se comunica en su verdad por medio del Espíritu⁶, sino que Jesucristo mismo se hace presente y activo por medio del Espíritu Santo: Jesucristo que, en cuanto Crucificado y Glorificado por nosotros, «vive por el Poder», es decir, por el Espíritu de Dios (2 Cor 13,4) y, en cuanto «último Adán» ha venido a ser «Espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Según Pablo, Ezequiel dice: «Si alguien se vuelve al Señor, entonces el velo que está sobre la Ley y sobre el corazón de Israel y los tapa, será quitado». Pero ¿quién es el Señor? «El Señor es el Espíritu», interpreta el Apóstol (2 Cor 3,15ss). El (Jesús) lo es (Señor) en el suyo, en el Espíritu de Cristo.

Hay otros textos que apuntan a estos mismos contenidos. Por ejemplo, Rom 8,26, donde se lee: «El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables». Por el contrario, en Rom 8,34 se nos dice: «Cristo, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros.» Cristo intercede por nosotros en la potencia de su Espíritu, que es el Espíritu de Dios. Cristo, en cuanto Resucitado y Glorificado, actúa en nuestro favor en su Espíritu, que también es Espíritu de Dios y, por ello, «el Espíritu de vida». Y por eso es también —quede ya dicho desde ahora— el Espíritu que se opone al espíritu del mundo.

Lucas, por su parte, también dice lo mismo. En su evangelio (21,12) dice Jesús: «Pues el Espíritu Santo os enseñará en todo momento lo que habéis de decir». Pero Lc 21,15 está formulado de esta otra manera: «porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios»⁷. Según San Juan, el Espíritu Santo es el otro protector (abogado), que Jesús, para su «testimonio» y su «memoria», hace llegar eficazmente más allá de la palabra y la experiencia histórica (del tiempo de Jesús)⁸.

Esta potencia espiritual, en la que Dios se revela en el Espíritu de Jesucristo, es denominada también «el Espíritu Santo» o, sencillamente, «el Espíritu». Dios, en su santidad santificante, viene a nosotros en su Espíritu y nos libera en la fuerza de Cristo del espíritu de mundanidad (cfr. 1 Thess 4,3-8).

El Espíritu Santo es Espíritu, sin más. Pero esta terminología —Espíritu Santo, Espíritu— es significativa también en otro sentido. Contribuye a hablar de una actividad propia del Espíritu junto a Dios y a Jesucristo, y, de esta manera, a preparar ulteriores reflexiones. Tanto la fórmula de bendición con que acaba la 2 Cor («La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros»), como la fórmula trinitaria del bautismo

6. Así ocurre en Lc 24,49; Act 2,38 y Iob 15,26; 16,17.

7. Cfr. también Act 10,3s.19.

8. Cfr. Iob 14,26; 18,26; 16,13.



en San Mateo, junto con otros momentos exegéticos, dejan ya dispuestos los fundamentos para la posterior profundización en la doctrina sobre la Trinidad.

Hagamos una apretada síntesis de lo hasta ahora expuesto. El Espíritu Santo, según su origen —que es lo que radicalmente determina su ser—, es la fuerza santa y santificadora de la actividad de Dios, que se conoce a sí mismo y se revela. Y es esto en cuanto poder que hace actualmente presente a Jesucristo en su verdad. En Jesús, el Espíritu ha entrado señorialmente en el mundo y en su espíritu, para transformarlos.

II

Pero, ¿de qué modo y con qué medios ha sucedido esto, y continúa sucediendo? La respuesta, según el NT, es la siguiente: fundamentalmente, por medio del Evangelio apostólico, del Bautismo y la Eucaristía, de la imposición de manos que fundamenta el servicio ministerial, y de la vida total de la Iglesia a partir de los sacramentos. Además, por medio de los numerosos dones del Espíritu Santo o carismas y en la Iglesia como comunión de los santos.

1. El modo de originarse todo esto viene descrito por San Pablo de tres formas. En primer lugar, dice Pablo que Dios ha hecho que Jesucristo, por la fuerza de su revelación, se haga palabra en el Evangelio (Gal 1,11.15). Este Evangelio, por razón de su origen, consiste, por decirlo de alguna manera, en que el Dios que se ha revelado en Jesucristo se asienta en la palabra del Apóstol a quien Dios mismo autoriza y da plenos poderes. Según 2 Cor 4,5, el Evangelio surge, como en una segunda creación, en la gloria de Dios que resplandece en el corazón de los Apóstoles «para el conocimiento de Dios», y así ese conocimiento, a través del Apóstol y por medio de la palabra del «Evangelio de la gloria», alcanza expresión verbal en este mundo tenebroso. Pero en 1 Cor 2,26 se nos dice que Dios ha revelado su misterio —es decir al Crucificado como «Señor de la Gloria» y la salvación que en Él se nos ofrece— «por medio del Espíritu». Este misterio será anunciado en «las palabras que enseña el Espíritu» (1 Cor 2,13). Dicho de otra manera: es el Espíritu quien hace que lo que ocurrió en la revelación de Dios en Jesucristo se haga ahora palabra en el Evangelio. «Lo que no fue conocido en las generaciones pasadas, ha sido ahora revelado a sus santos Apóstoles y Profetas por el Espíritu», leemos en Eph 3,5. De esta manera, el Evangelio es fruto, forma e instrumento del Espíritu, el cual es así la palabra poderosa de Dios en Jesucristo. Y así, como dice San Pablo en 1 Cor 2,4s, «predicamos en la manifestación y poder del Espíritu». En el Evangelio nos habla nuestro Señor Jesucristo, y «el amor del Espíritu», que es el amor de Cristo (Rom 15,30). El Evange-



lio, como palabra de Dios, es «la espada del Espíritu», que destruye todas las otras espadas (Eph 6,17).

En el núcleo de la cuestión, y a pesar de todas las diferencias existentes en el detalle, Lucas se expresa de la misma manera. Basta que pensemos en la promesa que hace el Resucitado, según los Hechos de los Apóstoles: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría» (Act 1,8). O que recordemos la plenitud de Pentecostés, donde el Espíritu Santo, de manera fundante y a la vez paradigmática, se expresó en una palabra incomprensible, pero que todos comprendían (Act 2,1). Incomprensible, en el sentido de ser una palabra que trasciende a todo conocimiento natural; comprensible a todos, en cuanto que podía ser entendida en cualquier lengua.

También es conocida la estrecha relación que, según el Evangelio de San Juan, se da entre Espíritu y palabra. Hay un texto en el que esa relación se expresa formalmente: «Cuando venga el abogado, el Espíritu de verdad (...), él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo» (Ioh 15,26). Los Apóstoles recibirán el Espíritu precisamente para esto: para poder ser testigos eficaces en el ministerio de la palabra.

2. Pero el Espíritu, como dijimos, también se sirve del Bautismo. Actúa también, por lo tanto, en una acción simbólica. El es el Espíritu de Jesucristo, que se hace presente en su nombre (1 Cor 6,11), y a Jesucristo sólo podemos hacerlo nuestro por la acción del Espíritu. Estamos, pues, en última instancia ante Dios, quien, con la fuerza de su Espíritu, «afianza», «da», «sella» y de esta manera salva⁹. Este acontecimiento trinitario viene sintetizado en toda su densidad en este último texto: Dios «nos ha salvado mediante el lavado de la regeneración y renovación en el Espíritu Santo, que abundantemente derramó sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador» (Tit 3,5-6). El Bautismo no es tan sólo un signo, y mucho menos una simple ceremonia, sino que en el Bautismo el Espíritu Santo nos otorga el don de un nuevo origen y un nuevo comienzo. Lo cual está muy próximo a la afirmación de Ioh 3,1, donde se dice en la conversación con Nicodemo: «Quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de los Cielos»; sólo que, aquí, al «nacer del Espíritu» se le califica como milagro. También Lucas conoce la relación entre Bautismo y Espíritu¹⁰. En Lucas, encontramos que la recepción del Espíritu sigue al Bautismo (Act 2,38), y también que el Bautismo se administra a los que ya habían recibido el Espíritu al oír la palabra (Act 10,45), con lo cual se demuestra que el Bautismo no es en absoluto superfluo. El Espíritu Santo —siempre según Lucas— lo mismo está en el Bautismo, que lo

9. Cfr. 1 Cor 12,2; y 2 Cor 1,21; Eph 1,3.13; 4,30; Tit 3,5s. Ver, por ejemplo, Act 2,38; 10,45; 8,15; 19,5, etc.

10. Ver, por ejemplo, Act 2,38; 10,45; 8,15; 19,5, etc.



está en la imposición de manos que lo acompaña (Act 8,15; 19,6). Pero el Espíritu lo ve Lucas, sobre todo, en la existencia carismática que es efecto del Bautismo.

Recordemos también la enumeración de dones del Bautismo que se nos ofrece en Heb 6,4. Allí se dice que los llamados son aquellos que «una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustando de la Palabra de Dios y de los prodigios del siglo futuro». El Bautismo otorga, pues, por la acción del Espíritu Santo, tesoros celestiales. El Espíritu, a partir del nuevo nacimiento, de la «regeneración», transforma la vida humana en nueva vida, de la cual el cristiano ha de ser consciente, y debe custodiarla en Fe, Amor y Esperanza.

3. Tan sólo 1 Cor 10,1-4 hace referencia expresa a la relación entre Espíritu y Eucaristía. Interpretando tipológicamente Ex 17,6 y Num 20,7-11, Pablo escribe: «Todos comieron una y la misma comida del Espíritu, y todos bebieron una y la misma bebida del Espíritu». En esta comida y en esta bebida el Espíritu se testimonia a sí mismo. Pero, ¿de dónde procede esta bebida, repleta del Espíritu y, a la vez, que llena del Espíritu al que la bebe? La contestación es la siguiente: «bebían de la roca espiritual que les seguía, y la roca era Cristo» (1 Cor 10,4). El Espíritu, del cual participamos en la Eucaristía, es la dádiva de Cristo, el cual también está presente en ese Espíritu. El Señor, presente bajo las formas del pan y del vino, media en sí simultáneamente al Espíritu, a través del cual El mismo está presente, y de esta manera se nos da una participación en Cristo mismo.

4. Todavía hemos de destacar otro punto en este contexto que viene expresamente mencionado en las cartas pastorales. Según 1 Tim 4,14 y 5,22, y 2 Tim 1,6, el Espíritu, en medio de su acción carismática libre —de la que hablaremos después—, vincula su don fundamental con la sucesión en el oficio ministerial. Este oficio no se da en la Iglesia en base a «carismas» sacerdotales, por muy bien que éstos sean recibidos por el portador del oficio y por la comunidad, y por mucho que se esfuerce aquél en corresponder a ellos. Tampoco se explica en base a una autoridad recibida por delegación de la comunidad, aunque ésta, con la fuerza del Espíritu, pueda elegir al portador del oficio. Son dos cosas en una: el oficio del Espíritu y el espíritu del oficio. De lo que se trata aquí, ante todo, es de la imposición de manos, un gesto para la comunicación de un don, muy frecuente en la tradición judaico-veterotestamentaria, pero que se daba también, en su figura y en su sentido, fuera de ella. Según las cartas pastorales, la imposición de manos se le concede a personas que tienen un puesto de autoridad: a Pablo, a Timoteo, y después a los presbíteros. En ciertas circunstancias, a la imposición de manos precede una señal profética que apunta a la cualificación del futuro portador del oficio. La imposición de manos es el medio para otorgar al elegido el don de la gracia de Dios, «que le ha

sido dado» (1 Tim 4,11); más claramente: «la gracia de Dios que hay en tí por la imposición de mis manos» (2 Tim 1,6). Para lo cual, al receptor de este don se le confía «el mandamiento», es decir, la doctrina de los Apóstoles (1 Tim 1,18; cfr. 2 Tim 2,2). Este don de la gracia es una realidad permanente para el ejercicio del oficio. En efecto, esa gracia está «en» el agraciado. Pero no puede ser descuidada, sino que de continuo el «ordenado» debe «avivarla». Es, por lo tanto, un don precioso de Dios, que confiere al que lo recibe la posibilidad —y a la vez le plantea la exigencia— de hacerla fructificar. No actúa mecánicamente. Ella es espíritu y más concretamente —según 2 Tim 1,7, por ejemplo— «espíritu de fortaleza, de amor y de templanza, y no espíritu de temor». El portador del oficio, para poder desempeñarlo bien, debe avivar de continuo este espíritu. Por medio de esta imposición de manos «sacramental», con la que el Apóstol confiere el Espíritu a Timoteo, y éste a los presbíteros (cfr. Act 14,23; Tit 1,5), puede ya reconocerse el principio de sucesión, no sólo de la palabra, sino también del mandato.

Nos preguntábamos al principio de qué manera o de qué forma irrumpe en el mundo el Espíritu Santo, en quien se nos abre la potencia salvadora de Dios y su obra salvífica en Jesucristo. Y ahora ya podemos responder: Fundamentalmente, en la palabra del Evangelio apostólico y en determinadas acciones y signos, por cuyo medio se nos entrega: por tanto, a través de pequeños instrumentos, en los que El está escondido, pero con los que produce lo indecible, lo inaudito, lo incomparable.

III

1. Si ahora nos preguntamos por los efectos del Espíritu, la naturaleza del Espíritu se ilumina cada vez más. ¿Qué produce el Espíritu Santo de Dios y de Jesucristo? En general, lo que se dice en Eph 2,13: «el acceso al Padre». El mismo Espíritu es ya el camino al Padre. Rom 8,9 puede darnos otra respuesta, que para Pablo es de gran importancia. Allí se lee: «Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que de verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es de Cristo». Gracias al Espíritu, por tanto, los cristianos en cuanto cristianos —si nos es lícito hablar así— ya no están dominados por una vida egoísta y avara de sí, sino que viven como fascinados por el poder de una nueva realidad: viven en el Espíritu; y «en el Espíritu» (Rom 8,9) significa para Pablo «en Cristo» (Rom 8,11)¹¹, es decir, en su ámbito de influjo y de dominio, que el Espíritu extiende sobre nosotros, somos por El

11. Cfr. 1 Cor 1,30; Gal 3,26s.



tomados en posesión. Porque «los que están en el Espíritu» son aquellos «en los que el Espíritu está», y los que son «en Cristo» (Rom 8,11; 1 Cor 5,19; 2 Tim 1,14) son aquellos de los que Cristo se ha apoderado en el Espíritu. Muchas veces olvidamos que el origen del cambio que se ha dado en nuestra vida se debe al Espíritu de la Palabra, del Bautismo, de la Eucaristía, del ministerio y de los otros sacramentos, o al menos pensamos poco en qué ámbito de poder nos encontramos y cuál es el poder que tenemos: esta es la razón de que lo cristiano esté tan desvalorizado y de que la Iglesia aparezca tan débil.

La nueva dimensión que el Espíritu nos ha abierto, y que de continuo nos sigue abriendo, es la Iglesia concreta, realizada por el Espíritu como «Cuerpo de Cristo». Para Pablo esto significa «que todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo Cuerpo» (1 Cor 12,13). Pablo dice que hay «un solo Cuerpo y un solo Espíritu» (Eph 4,4). Pero el Cuerpo es la Iglesia. También se podría decir: el Espíritu concreta y realiza la dimensión de reconciliación —es decir, la dimensión de la Cruz— que Cristo ha abierto, precisamente al agrandarla y desarrollarla para formar el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. En ella el Espíritu de alguna manera se incorpora. La Iglesia, también según la 2 Pet 2,15, es la «casa del Espíritu», y según 1 Cor 3,16s, «el templo de Dios, en el que mora el Espíritu de Dios». Como «domésticos de Dios», hemos sido «erigidos en el Espíritu para Casa de Dios» (Eph 2,19-22). En la Iglesia, por la acción de su servicio ministerial más profundo —que es el servicio divino de la Liturgia—, se conserva la «comunidad del Espíritu» y su unidad unificante¹² y, a la vez, se ofrece —en medio del mundo y en favor del mundo—, por medio del no-conformismo del amor, el culto espiritual de la «hostia viva», santa, agradable a Dios» (Rom 12,1).

Ahora bien, ¿quiénes son esos para los que se abre y se sigue abriendo siempre el poder del Espíritu, es decir, el poder de Cristo en favor nuestro? Podemos decir: son aquellos a los que el Evangelio les premia para que reciban el Bautismo. Pero ¿quiénes son éstos? Son aquellos que, en la fe, escuchan y con actitud obediente reciben lo que el Espíritu Santo les dice por medio del Evangelio: «Nosotros —leemos en Gal 1,14— hemos recibido por la fe el Espíritu Santo que nos había sido prometido»¹³. Esta fe, para Pablo, consiste primariamente en la confiada obediencia al Evangelio. Consiste en no resistir ni con el corazón ni con el oído al Evangelio (cfr. Act 7,51).

No otra cosa es la fe en Lucas. Por citar sólo un texto: «Y Dios, que conoce los corazones, les ha dado testimonio (a los paganos) dándoles el Espíritu Santo, como a nosotros (...) después de haber confirmado sus corazones en la fe» (Act 15,3)¹⁴. Lucas puede definir a los cre-

12. *Phil* 2,1; *2 Cor* 13,13; *Eph* 4,37.

13. Cfr. también *1 Cor* 2,4.

14. Cfr. *Act* 11,17 y 19,2.



yentes como aquellos que han recibido el Espíritu Santo en el Bautismo (Act 10,44; 11,15), los que se convierten y son bautizados (Act 2,35s), los que «obedecen a Dios» (Act 5,32). Ellos oran en el Espíritu Santo (Lc 11,13), en su oración son escuchados y repletos del Espíritu (Act 13,19s). El Espíritu les exige y ellos están disponibles a su acción, que es la acción de Dios. Los creyentes son los que dejan sitio en su vida al Espíritu Santo.

También en el Evangelio de San Juan la fe es el presupuesto para recibir al Espíritu Santo, así como el testimonio del Espíritu es el presupuesto de la fe. Dos textos serán suficientes. Ioh 6,63 dice: «Las palabras que os he dicho Espíritu y Vida son. Pero hay algunos entre vosotros que no creen». Y en 7,39 comenta Juan una palabra de Jesús: «decía esto refiriéndose al Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en El».

Así, pues, lo que hemos visto hasta ahora es: el Espíritu Santo nos abre un espacio de vida, que es la dimensión salvadora y dominadora de Cristo. La realidad abierta por el Espíritu aparece entonces, por el Espíritu Santo, concretamente como el «Cuerpo de Cristo», el cual conserva y manifiesta esa dimensión. Sus miembros son los que se han «El decía esto refiriéndose al Espíritu que habrían de recibir los que creyesen en El».

2. La recepción del Espíritu Santo significa también una «iluminación», como puede leerse en la carta a los Hebreos: «los que una vez fueron iluminados, y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo» (Heb 6,4). El Espíritu Santo es claridad y luz. Ya vimos esto otro: el Espíritu Santo es fuerza de conocimiento como don de Dios. En El, Dios se conoce a sí mismo en toda su profundidad. Y en El, Dios se da a conocer a sí mismo como Dios. Y por El se realiza nuestro conocimiento de la verdad. Sin el Espíritu no se puede conocer a Dios. El Espíritu Santo, para Juan, es el poder de conocer en su verdad a Jesús, que sin El es un puro enigma. El Espíritu Santo, por tanto, es también el verdadero intérprete del mundo (Ioh 16,8ss)¹⁵, es el Espíritu en el que la verdad sale a la luz y nos viene al encuentro. Y Pablo dice que El, como ya vimos, «nos hace conocer el don que Dios graciosamente nos ha concedido» (1 Cor 2,11s)¹⁶. De ahí que el Apóstol ore «para que seais llenos de conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual» (Col 1,9).

El Espíritu también ilumina nuestro juicio (1 Cor 2,4). En situaciones peligrosas les da a los Apóstoles la palabra oportuna (Lc 12,12). También otorga la verdadera confesión de fe: «Nadie puede decir: el Señor es Jesús, si no es en el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3)¹⁷. Pero él es también el Espíritu que nos dirige en silencio y calladamente nos ins-

15. Cfr. Ioh 14,17; 15,26; 16,13s.

16. Cfr. Eph 1,17s.

17. Cfr. también Ioh 4,2.



pira (Lc 2,27; Act 8,29; 16,6). El es el Espíritu que «llama» (Act 13,2). Pero El es también —y esto no hay que olvidarlo— el que nos abre las Escrituras del Viejo Testamento, en las cuales también actúa el espíritu de Dios¹⁸. Pero también «el buen depósito» del apóstol, es custodiado en la Fe y en el Amor por el Espíritu Santo, «que vive en nosotros» (2 Tim 1,14). El Espíritu Santo, al que cree y al que ama, le da a conocer la tradición apostólica y la protege en él.

Pero el Espíritu Santo es, sobre todo, el Espíritu de la libertad: «El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad» (2 Cor 3,17). Esta libertad consiste, en primer lugar, en ser libre de la propia individualidad. Es estar liberados de nuestro antiguo yo. Es libertad de mí mismo. Como «templo» del Espíritu Santo, que vive en nosotros y nos determina, «ya no nos pertenecemos a nosotros mismos» (1 Cor 6,19), hemos sido liberados de nuestra autodisposición. Dios, que se apropia de nosotros en Cristo Jesús, nos hace también con este motivo libres, y dispuestos para servir a los demás hombres. Esta libertad de nosotros mismos, que realiza el Espíritu Santo, en cuanto que nos asegura y nos abre al «ser-para-nosotros» de Jesucristo y posibilita nuestra libertad en su originario sentido, es equivalente —para Juan y para Pablo— a la libertad del pecado, de la ley y de la muerte. El pecado es autobúsqueda, autocomplacencia, autopoderío, autoglorificación, donde el hombre aparece en esa aversión a Dios y en ese inclinarse sobre sí mismo que, una y otra vez, atraviesa el mundo de los hombres. La ley, en cambio, es el poder que provoca al pecado, en cuanto que nos lleva a infringirla o a cumplirla de manera arbitraria y escrupulosa. En cuanto que comporta esa obstinación, ella es, como Pablo le llama en 1 Cor 15,56, «la fuerza» o el espíritu del pecado. Pero la forma de ese dominio y la esencia de la fuerza del pecado es la muerte, en el sentido de aniquilación mediante el juicio de la ira de Dios. De ahí que Pablo diga: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8,2). Es el Espíritu de la vida, que está presente en Cristo Jesús. Dicho brevemente, esta ley «es la ley de Cristo». Pero el Espíritu nos libera también de los ídolos y de las potestades de la tierra. El Espíritu, que nos trae el amor de Dios en Jesucristo, y nos abraza con el amor de Dios en Jesucristo, constriñe al «espíritu del mundo» —del mundo mundano— y rompe la fascinación de su seducción o su amenaza, es decir, la fascinación de la mentira.

Finalmente, la libertad que nos abre el Espíritu es libertad respecto de los hombres, en el sentido de que esta libertad que nos pueden otorgar esos hombres —¡asombrosa afirmación!— se hace irrelevante para nosotros (cfr. 1 Cor 7,21ss; 3,21ss). El Espíritu Santo trasciende tanto a las estructuras sociales como al entusiasmo individual o al particu-

18. Cfr. *Mt* 22,43; *Mc* 12,36; *Act* 1,16; 4,25; 26,25; *Thes* 3,1; 10,15; *1 Pet* 1,12; *2 Pet* 1,21.



larismo entusiástico. Pero por el Espíritu Santo, a través del cual —por decir lo mismo con otra fórmula de Pablo— somos «lavados» y «santificados» por el bautismo y la Fe, nuestra vida es finalmente una vida «justificada» y «santificada» (cfr. 1 Cor 6,11): «habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios». Además, a Thes 2,13 y 1 Petr 1,2 nos muestran cómo Dios actúa positivamente con su poder sobre nosotros y derrama sobre los liberados «justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (Rom 14,17). Este nos abre la justicia de Dios, es decir: su gracia, y nos otorga su paz inconcebible, indecible e inigualable, que, como don del Espíritu, se posesiona de nuestro corazón y pensamiento y nos protege y, en última instancia, es la salvación de toda otra paz, pues —no lo olvidemos— no cabe paz sin salvación...

Sin embargo, la alegría que el Espíritu nos regala, vista desde fuera, aparece como una alegría sin fundamento, pues mantiene una esperanza que no se apaga en la tribulación e incluso se hace fuerte en el sufrimiento¹⁹, «Lleno de tribulaciones, pero siempre lleno de alegría»: así caracteriza S. Pablo su vida (2 Cor 6,10). Se podrían traer a colación otros dones del Espíritu Santo. Por ejemplo: «Los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gal 5,22). Y se podría meditar sobre sus relaciones con el Espíritu Santo: la caridad en el Espíritu es, por ejemplo, la caridad del Espíritu que, habiéndose demostrado como amor de Dios en la Cruz de Jesucristo, «se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo» (Rom 5,5s; 15,30; Col 1,8). Es precisamente esta caridad y no otra la que han de reconocer en nosotros los demás hombres. El Espíritu Santo como tal no tiene otra pretensión en nosotros, sino prepararnos para esta tarea. La exigencia de Dios, que El nunca nos plantea como ley sino como don, siempre consiste en vivir según el Espíritu (Rom 8,7), volverse al Espíritu (Gal 5,16), seguir al Espíritu (Gal 5,25s), arder en el Espíritu (Rom 12,11; 1 Cor 6,19), no apagar el Espíritu, ni despreciar la palabra profética (1 Thes 5,19.20), vivir en su comunidad, en su ámbito de acción y ser santos en todas estas cosas: «Que no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad» (1 Tes 4,7). «Dios nos ha elegido desde el principio para hacernos salvos por la santificación del Espíritu y la fe en la verdad...» (2 Tes 2,13).

Finalmente, el Espíritu es también el que nos enseña a rezar. El hace que los hijos de Dios exclamen: «Abba, Padre», y les muestra que en medio de los déspotas de este mundo, no tienen que tener ningún temor, como los esclavos (Rom 8,14ss). Según el lugar paralelo Gal 4,6s, el mismo Espíritu de Cristo, es decir, del Hijo, es el que clama en nuestros corazones «Abba, Padre» ¡A qué distancia de Dios habría que vivir para no poder invocar a Dios como «Padre» y no rezar el «Padre Nuestro»!

19. Cfr. Rom 15,13; 1 Thes 1,6; 2 Cor 2,17s; Phil 2,17s; Col 1,24; 1 Thes 5,6.



Pero Pablo dirá todavía más. Dice que sin el Espíritu es imposible cualquier modo de auténtica oración. Pero el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza y ora en nuestro lugar con gemidos inefables (Rom 8,26s). Y Dios escucha la voz inaudita del Espíritu, que en nosotros ora por nosotros: Dios escucha al Espíritu en nuestra oración. Como vemos, el Espíritu está lleno de misterio y de poder. El Kyrios, como dice S. Pablo, hace bajar sobre nosotros, a través del Espíritu, gloria por gloria y cambia nuestra vida desde lo más hondo hasta lo más cotidiano y provisional (cfr. 2 Cor 3,18). Ya en el presente El nos abre el futuro, es decir, lo que nos aguarda, que es vida en plenitud, herencia de una riqueza inexplicable (cfr. Eph 1,18). Así, El es la primicia (Rom 8,23) y «las arras» (2 Cor 1,22; 5,9), anticipo y signo de lo definitivo, anticipación de lo que no ha llegado todavía. Los «últimos días» ya han llegado en El. La metamorfosis escatológica empieza en El. De ahí la continua exhortación del Apóstol: «Llenaos del Espíritu» (Eph 5,18). «Dios os conceda poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu» (Ef 3,16). «Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido sellados para el día de la redención» (Eph 4,30).

3. El Apóstol relaciona también con todo lo anterior otras manifestaciones del Espíritu. Sin duda, lo decisivo es la «novedad» de vida y el modo de vivir hecho posible por el Espíritu. Pero el Espíritu obsesiva al creyente además de otra manera, de otra *especial* manera, que también es muy importante para la Iglesia y para el mundo: porque estos dones —a los que nos vamos a referir— son los que permiten de modo específico que la Iglesia y el mundo puedan percibir la acción del Espíritu.

S. Pablo llama a estos dones *Pneumatika*, fenómenos del espíritu (1 Cor 12,1; 14,1). En ellos «se da la manifestación del Espíritu» (1 Cor 12,4s). También se les llama *karismata*, en el sentido de dones gratuitos extraordinarios. Y estos carismas constituyen al mismo tiempo «servicios», que remontan al *Kyrios*, y *energemata*, es decir, señales del poder, efectos de la fuerza que da Dios (1 Cor 12,4-6).

De la naturaleza de tales carismas se nos habla al mencionar sus nombres, tal como los designa S. Pablo. Primero, son carismas la palabra carismática en su multiplicidad: «Palabra de sabiduría», «Palabras de vida», «Palabras de conocimiento», «Palabras de doctrina» (Ioh 6,63; 1 Cor 12,8-10; Rom 12,7; 1 Cor 12,28s) y palabras de consuelo y de exhortación (Rom 12,8s); pero también lo son los salmos, himnos y cánticos del Espíritu (Eph 5,18s; Col 3,16), palabras de «revelación» (1 Cor 14,6-26)²⁰, palabras en éxtasis o en visión, como las que conocemos a partir de Act 7,55 y del Apocalipsis. Pero, por encima de todos éstos, es un carisma la profecía (Rom 12,6)²¹, palabra que no tanto de-

20. Cfr. Eph 1,7; Col 3,16.

21. Ver también 1 Cor 12,28s; 13,2-8; 14,5; 1 Thes 5,20; Apoc 19,20.

signa la adivinación del futuro como el discurso que todo lo penetra y que de todo nos convence, como demuestra 1 Cor 14,22ss. Para San Lucas la profecía es sin duda el carisma decisivo (Luc 2,25-32)²², aunque él la entiende especialmente como descubrimiento del futuro desconocido (Luc 2,26)²³. Finalmente hay que mencionar aquí, según S. Pablo, el «hablar en lenguas», que es un discurso misterioso en medio del éxtasis que la lengua humana no alcanza a comprender. Según el Apóstol este carisma está en el último lugar, aunque lo reconoce como provechoso cuando en la comunidad existe quien pueda interpretarlo, de la misma manera que, para la utilidad de la profecía, hace falta el don del discernimiento (1 Cor 12,30; 14,5,27.29). En estos carismas, el Espíritu penetra totalmente la palabra y la palabra refleja al Espíritu y descubre lo escondido, y así es fiel en su decir. Pero en determinadas circunstancias también la palabra puede negar al Espíritu.

Pero el Espíritu también toma posesión de las demás potencias del hombre. Aquí hemos de nombrar, primero, la fe en los milagros o fe milagrosa, es decir, la fe que da el fundamento al milagro y que está abierta al milagro (1 Cor 12,1), y, a partir de ahí, el don de curaciones (1 Cor 12,9.28.30). En general habla S. Pablo de «señales y milagros», también de «señales, milagros y fuerzas o virtudes», que acompañan al Apóstol y a su predicación (Rom 15,19)²⁴ y frecuentemente están mencionados en los Hechos de los Apóstoles²⁵. En contraste a todo esto, el Anticristo realiza en la fuerza del espíritu diabólico «señales y milagros» de la mentira (2 Tes 2,9).

Comparados con éstos, es sorprendente el tercer grupo de carismas. Porque también los servicios aparentemente más pequeños, en favor de la comunidad, pertenecen a los carismas: «asistencias», «dones de gobierno», «presidir», «comunicar», «distribuir limosnas» (Rom 12,8; 1 Cor 12,28). También estos dones necesitan, para su realización auténtica, del Espíritu y también en ellos, si están hechos con «el Espíritu», actúa la potencia del Espíritu. Todos los dones naturales pueden convertirse en carismas y pueden llenar con el Espíritu a la Iglesia, que tiene su fundamento en el evangelio apostólico, en el bautismo, en la eucaristía y en la vida de los sacramentos y que se concreta en el ejercicio del oficio ministerial. El Espíritu la despierta, la penetra, la mantiene, la limpia y la capacita a través de los carismas para transformarla en la salvación de una Iglesia viviente.

¿Pero en qué se diferencian estos carismas, que llenan a la Iglesia con el Espíritu, del entusiasmo simplemente humano o de la mera genialidad humana, o también de los fenómenos patológicos? ¿Qué es lo que les hace ser carismas reales y verdaderos? La respuesta es la si-

22. Ver también *Lc* 1,41.67; *Act* 2,17; 13,9 y otros.

23. También *Act* 11,28; 20,23. También *1 Tim* 1,1.

24. Cfr. *2 Cor* 12,12; *Heb* 2,4.

25. Por ejemplo, *Act* 3,1s; 8,1s.



guiente: primero, tienen que coincidir con la fe de la Iglesia: «Si es profecía, que sea según la medida de la fe» (Rom 12,6). Segundo, los carismas, que son dones del único Espíritu, también tienen que reconocerse mutuamente en su diversidad y multiplicidad (Rom 12,5; 1 Cor 12,24) y respetarse en el seno de la comunidad. Dicho con otras palabras: los carismas han de subordinarse al orden y estructura de la Iglesia y de su culto divino (1 Cor 14,26ss). Han de ser «para común utilidad» (1 Cor 12,7), lo que significa para la «edificación» de la Iglesia y de sus miembros (1 Cor 14,3ss.17). «Todo sea para edificación», leemos en 1 Cor 14,26s. Pero todo esto se realiza a través del Espíritu Santo. La palabra de la Iglesia tiene que ser inteligible y, en un sentido más amplio, también su actuación (1 Cor 14,14ss). A partir de estos principios, para establecer una jerarquía de los carismas hay otro criterio que San Pablo explica a propósito de la profecía y el don de lenguas (1 Cor 14ss). Pero, en el fondo, hay un único criterio: El carisma se encuentra solamente donde no hay «envidia y discordia» (1 Cor 3,1ss), sino caridad; donde se sigue ese «camino más excelente», al que S. Pablo se refiere cuando en la 1 Cor 13 hace su exposición sobre los carismas. El deja por fin los carismas delante los «ojos». El verdadero carisma es un don de amor del Espíritu. Todo lo demás, por más impresionante y extraordinario que aparezca, por poderosa que sea su palabra o su acción, no pasa de ser retórica y prodigio que solamente pueden debilitar a la Iglesia.

Los carismas son la plenitud viviente del Espíritu en la comunidad. A través de ellos y de manera sugerente y atractiva, el Espíritu testifica su presencia en el evangelio y en el sacramento. En los carismas la Iglesia encuentra su capacidad de convicción y de victoria frente al mundo. «Pero si, profetizando todos, entrare algún infiel o no iniciado, se sentirá argüido de todos, juzgado por todos, los secretos de su corazón quedarán de manifiesto y, cayendo de hinojos, adorarán a Dios, confesando que realmente está Dios en medio de vosotros» (1 Cor 14,24s). Así, pues, no hay que descuidar los carismas, incluido el oficio ministerial. Una Iglesia sin oficio ministerial es, para el Apóstol, una Iglesia desordenada en su fundamento; pero una Iglesia sin carismas, para San Pablo, es una Iglesia depauperada. Por eso, hay que pedirlos a Dios y «ser celosos» por estos dones del Espíritu. Cuatro veces el Apóstol, al ver a la comunidad de Corinto amenazada por el falso entusiasmo, exhorta a aquella Iglesia para que cuide el verdadero «celo» (1 Cor 14,39; 12,31; 14,1.12). Citemos al menos una frase: «Así, puesto que estáis ávidos del Espíritu, esforzaos en tener abundancia para edificación de la Iglesia» (1 Cor 14,12). A este celo pertenece también, y sin duda no en último lugar, la oración por estos dones del Espíritu (1 Cor 14,13).

* * *



Hagamos una síntesis final de todo lo expuesto. El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios que se conoce a sí mismo. El inicia la salvación de Dios en Jesucristo y la hace conocer y experimentar. Para esto fue enviado al mundo. El se autodona fundamentalmente en la palabra del Evangelio apostólico, en los signos —que El hace eficaces—, del Bautismo, de la Eucaristía y de los otros sacramentos, y El comunica sus medios de salvación a través del oficio ministerial a El mismo debido. De esta manera, El nos hace accesible una nueva dimensión de la vida, el ámbito de dominio de Jesucristo, a la que edifica para que sea «Cuerpo de Cristo», Iglesia. Sus miembros, los creyentes y bautizados, reconocen y experimentan, iluminados por El, la verdad de la salvación, la situación perdida de la vida pagana y judaica. El Espíritu libera del pretendido camino de salvación de la ley judaica, el pecado como egoísmo fundamental, y de la muerte causada por el pecado, de la potencia del mundo reflejado en sí mismo y de sus dioses, y de las ilusorias promesas de los hombres. El es el Espíritu de la libertad, que está unida a Dios a través de Jesucristo.

Aun en medio de la tribulación, El otorga la paz incomprensible de Dios y la alegría inquebrantable. Gracias a El, y a su voz sin ruido de palabras, los hombres pueden rezar a Dios, al Padre. Y ya desde ahora, los hombres reciben, gracias a El, un don y un signo que anticipa el futuro. El Espíritu Santo también desciende a través de dones salvíficos extraordinarios, que son los dones del Espíritu o Carismas. Estos testifican su autenticidad cuando actúan en plena comunión con la fe dentro de la estructura de la Iglesia y con caridad al servicio de los fieles y del desarrollo y provecho de la comunidad. En medio del espíritu mundano sopla el Espíritu Santo, presente en la Iglesia, que El construye y protege siempre. El ha abierto el ámbito de vida en Dios y en Jesucristo en el que nos adentramos por la fe; ya ha sucedido lo Nuevo, y nosotros «servimos en la novedad del Espíritu» (cfr. Rom 7,6). La metamorfosis del mundo ya ha empezado. Lo que todavía está pendiente, ya viene, ya llega a través del Espíritu de Dios.

(Traducción de Pedro RODRÍGUEZ y Rolf WEIGAND)